La revolución por la supervivencia

(cuadernillo para la reflexión y el debate)

Rubén de la Peña



La revolución por la supervivencia

(apuntes para la reflexión y el debate)

A Barredo

Mi amigo Barredo, con ocasión de alguna noticia luctuosa sobre el medio ambiente y en referencia a mis hijos, me dijo que la próxima revolución en el mundo sería por la supervivencia. En principio me aterró la idea. Ese concepto de la revolución que tenemos los mediterráneos suele vincularse a violencia, muertes y purgas. Pero luego pensé que, quizás, no debería ser así.

Hoy, estamos en el vigésimo primer día de confinamiento debido a la pandemia del Covid 19 y veo que no estamos aprendiendo nada. Seguimos asustados frente al televisor, atentos a la progresión en las cifras de muertos e infectados. Aterrorizados por lo que, económicamente, va a suponer este parón. Y he de decir que, al igual que a los grandes "lobbies", a mí también me da la sensación de que se está desaprovechando esta reclusión. No por el aspecto bursátil o económico, si no porque la sociedad no está tomando conciencia de cómo están pasando las cosas y qué lectura se puede extraer de todo ello.

La primera lección que, entiendo, tenemos que poner en valor es la importancia de lo público. Como elemento de cohesión de la sociedad. Como fórmula para defendernos socialmente. Desde hace años se nos está inoculando las bondades de lo privado para resolver las necesidades de la sociedad. Ahora queda demostrado que lo que verdaderamente mantiene una sociedad frente al abismo es lo público. Que la mayoría de las personas que prestan sus servicios en la administración mantiene la actitud de servicio hacia los demás. Hasta el sacrificio, voluntario, deontológicamente.

Segundo, estamos asistiendo al primer experimento (involuntariamente tanto por los ciudadanos como por el capitalismo) en el que el acceso a los bienes no se hace a través del trabajo.

El trabajo, durante estos días de confinamiento, ha dejado de ser la excusa para proveer a la ciudadanía de bienes elementales o de entretenimiento. Si bien es cierto que se sigue trabajando pero sólo en los sectores primarios, de abastecimiento. A la par que la oferta cultural sigue funcionando (de manera muy distinta que hasta la fecha). ¿Qué es lo que ha desaparecido, entonces? Pues que todas esas loas que el capitalismo nos viene ofreciendo como identidad y falsa necesidad de nuestra sociedad: el coche, los viajes, el consumo de lo superfluo... se ven innecesarias durante quince, veinte, treinta o cuarenta días. Y la gente se está esforzando por encontrar, para sí mismo o para ofrecer al prójimo, un entretenimiento. Una identidad a su ocio con medios y conceptos lúdicos que durante estos días han desaparecido.

Tercero, hemos dejado de destrozar el planeta y la sociedad en nuestro afán en búsqueda de lo innecesario, lo exótico y lo alienante. Durante estos días hemos dejado de ver la vida como una competición por ver quien conseguía la mansión más grande, quien hacía turismo al lugar más inaccesible, o quien lograba la proeza más alienante.

Estos tres aspectos son los que, de manera más inmediata, se pueden extraer de estos días de confinamiento. Ahora, si os parece bien, podemos entrar en un análisis un poco más profundo, aunque breve, de lo que socialmente podía convertirse nuestro futuro de una manera optimista y transformadora.

LO QUE ES DE TODOS Y TODAS POR IGUAL: LO PÚBLICO

Todo organismo expuesto a un virus sale reforzado tras superarlo, sale con la capacidad de generar anticuerpos concretos para acabar con la infección. De la misma manera hemos de intentar que, tras este confinamiento, lo público salga reforzado. ¿Por qué? Porque hemos visto que funciona, y que si no ha funcionado correctamente, del todo, ha sido porque durante años atrás se ha socavado toda la red de servicios públicos con recortes de medios, merma de plantillas, desprestigio y falta de apego. Existían plantillas en diferentes administraciones que, en el momento en el que se ha dado esta pandemia, contaban con que una cuarta y hasta una tercera parte de las mismas estaban sin cubrir. Se ha demostrado una total ausencia de medios que en la mayoría de los casos se deben al desvío de fondos y medios a servicios que acababan encareciendo y empeorando el servicio (ejemplo evidente el del Hospital Universitario de Burgos).

Hay que intentar, tras esta crisis del Covid-19, en todas estas medidas sociales y económicas que se impondrán tras el confinamiento, que el capitalismo no salga fortalecido. No podemos permitir otro 2008 en el que el capitalismo, después de haber provocado la crisis económica por la ilógica de su sistema en su estado más voraz, acabe imponiendo las recetas sociales que se han de aplicar. En 2008 el capitalismo llevó al mundo a una profunda y trágica crisis y, sin embargo, estos mismos culpables fueron tratados como los damnificados de la misma. Quitándole bienes, dineros,

energías, derechos y salud a los ciudadanos para rescatar sus bancos. Demencial. Debemos intentar que esto no ocurra. Que aquel capitalismo, que parecía arrepentido en 2008 y que se volvió despiadado en 2009 no vuelva a actuar de aquella manera.

Hay que luchar para que, si ahora sale reforzado lo público, no acaben dándole la vuelta a la tortilla y terminen desmontándolo en aras a supuestas mejoras o agilidades del sistema de salud. Recordar que personas que fueron tan críticas con lo público (como aquel remedo de Tatcher que es Esperanza Aguirre) ahora son atendidas en los hospitales públicos. El Capital, ante esta situación, acude a personajes como Amancio Ortega, a quienes proponen que los "buenos españoles" le hagan homenajes en las ventanas y terrazas al igual que se hace con el personal sanitario anónimo. Hay que argumentar que aquel es uno más, uno más que intenta participar y que, a diferencia de sanitarios y otros ejemplos más modestos pero más generosos, el sólo pone lo que le sobra: dinero, mientras otros ponen lo que tienen que son sus manos, su trabajo y su salud. Él es consciente de que no va a encontrar mejor propaganda.

Todo nuestro empeño ha de ser intentar que no pase otro post-15M en el que la gente salió descontenta, prácticamente en rebeldía, exigiendo justicia pero que su lectura en lo político significó ocho años de represión y gobiernos reaccionarios.

CULTURA Y OCIO UNIVERSALES PERO DE PROXIMIDAD

Durante estos últimos años, diariamente, he huido de las noticias, de los programas de opinión y de los debates consciente de que en todos se repetía lo mismo. Sabedor de que mi opinión política en cualquiera de esos foros sería rápidamente aplastada. No por argumentos irrefutables o ejemplos palpables sino por una avalancha de tertulianos vocingleros que no tardarían en ponerse de acuerdo -sea cual fuese su referencia parlamentaria- para gritar al unísono, arrebatarme el turno de palabra e interrumpirme hasta dejar mis planteamientos enterrados en voces, gestos de indignación y encendidos reproches.

Creo que ha llegado el momento en que no hace falta que venga nadie a decirnos "oficialmente" lo que está pasando. ¿Acaso es necesario escuchar a alguien decirnos que el clima y el planeta está cambiando? ¿Que está cambiando a peor, hacia la inhabitabilidad? ¿Es necesario escuchar, o que nos expliquen, que el planeta está exiguo y que va a ser imposible el alimento y el cobijo para tanto ser humano? Son cosas que cualquiera, con un mínimo de inteligencia y un sentido lógico de la percepción, puede intuir o saber.

Pero parece que nuestra idea sea otra. La ignoramos. Buscamos alguien que calme nuestro temor desde cualquiera de los foros "legítimos" con argumentos. Nos vale con alguien que nos mienta por nosotros mismos. Se sigue con el terruño, la bandera, la cabeza por encima del hombro por ver qué hace, qué dice el otro. Basta con que aparezca un simple con una antigüa frontera o con una nueva bandera para que corramos todos a opinar, defender o indignarnos sobre comentarios tan

viejos como la imbecilidad o el hambre.

Apareció el cascabel antes que la asamblea. Los ratones, ignorando la amenaza y la atenta mirada del gato, discuten echando a rodar el cascabillo por ver quien lo hace sonar. No dudéis que el gato se nos comerá al ritmo en que nuestro mundo se haga estéril e inhabitable. Votamos como quien elige un capitán que nos promete el iceberg más hermoso, el más próximo, el más frío, pero iceberg al fin.

Los políticos nos prometen huir del futuro como si nosotros mismos no supiésemos hacia donde nos dirigimos. Durante el 15M se cantaba no hay pan para tanto chorizo, autoexcluyéndonos del problema. El problema eran los otros, “los chorizos”. Hoy creo que deberíamos cambiarlo por: no hay planeta para tanta imbecilidad y ahí, queramos o no, hemos de incluirnos todos. Tanto los que nos engañan demostrando la imbecilidad de quien capitanea un desastre como aquellos quienes les seguimos, con atención, indignación o entusiasmo, hacia el abismo. Con la tendencia del avestruz de desoír las advertencias y poder seguir dentro de nuestra cómoda espiral de gastos y caprichos.

Consciente de que la solución es una solución global nunca está de más recuperar el lema: pensar globalmente, actuar localmente. Pero, para ello, hemos de plantear una dirección clara, evidente me atrevo a decir, pero global para poder actuar en nuestro entorno inmediato.

Que la capacidad del planeta para mantener las expectativas del mundo occidental es finita es otra perogrullada que nadie se atreve a poner sobre la mesa como un objetivo más. Entonces parece claro que hemos de recortar nuestras exigencias individuales y personales para que nuestro peso sobre el planeta no nos clave los pies sobre la tierra. Para que el suelo que nos sostiene no sea una especie de lodo infértil, sucio, de plástico, en el que nos hundamos paulatinamente en la medida en que los objetos que codiciamos y atesoramos nos lastren. Este es el momento en que el tertuliano, el hombre de partido, el respetable profesional de la opinión debería interrumpir su lectura con cierto grado de indignación y competencia al grito de: ¡demagogias! para poder arrojar este folletín y poder seguir hablando de lo que, según la moda, esté más de actualidad.

Capítulo II

EL OCHENTISMO (decrecionismo)

Bueno, una vez que nos hayamos deshecho de todos aquellos que nos tratasen de demagogos y de quienes ven amenazados su modo de vida ostentoso por nuestra presentación podemos atrevernos a avanzar en nuestras disertaciones.

Un día de tormenta, dentro de una vieja furgoneta de las que usamos para trabajar, un compañero y yo manteníamos una conversación. Dentro de la clave natural del currante, sin salirnos del guión marcado por la radio y la televisión. Era el tema del separatismo y todo eso. Preguntado al respecto yo le dije que para mí aquello no era un problema, que si se querían marchar que se fuesen, que yo no sentía herido mi sentido de la propiedad ni mi orgullo por ello. Que mantener a alguien sujeto por la fuerza era absurdo y agotador. Pero que, pedida mi opinión, yo estaba más cerca de lo que planteara Ian Gibson en una entrevista al respecto.

"Soy más partidario de unirnos a Portugal que de alimentar la separación de Cataluña", dije dejándome llevar por aquel termino: Ibérica que todo tendenteanarquista[1] reconocemos subconscientemente como efecto de las siglas de la FAI".

"Qué dices", me contestó el compañero con cierta alarma. "Pero si a los portugueses les faltan treinta años para llegar al nivel de vida que tenemos aquí".

"Dirás que nos llevan treinta años de adelanto", le interrumpí. El me miró contrariado diciéndome con la mirada, que estaba confundido, que yo no había entendido bien lo que él me había dicho. "Sí, nos llevan treinta años de adelanto" contraataqué aprovechando su desconcierto. "¿Acaso crees que el planeta y el sistema capitalista pueden mantener el nivel de consumo y gasto que conocemos actualmente? ¿Durante cuantos años se va a poder proveer a la gente de tantas cosas materiales, dado que el número de la población se multiplica diariamente y el deseo de consumo innecesario aumenta? Conscientes de que ciudadanos de países como China o la India reclaman cada vez unos niveles de consumo similares a los nuestros. Es de insensatos el pretender que esto no lo sabemos o cuanto menos no lo intuimos. ¿Es lógico intentar prolongar en el tiempo esta situación o es mejor el irnos concienciando poco a poco de que esto es así?"

Es difícil establecer un punto de equilibrio entre la cantidad de recursos y el número de habitantes hasta encontrar una posibilidad en la que las necesidades básicas y cierta comodidad puedan quedar dentro de ella. Siendo benévolo voy a proponer la calidad de vida (en lo que a cosas materiales se refiere) de los años ochenta, primer lustro. Una casa por familia, un coche por casa,

1*Me declaro tendente anarquista en la idea de que, aunque mis tendencias a resolver los problemas de la sociedad tengan como referencia e idónea solución las más elementales teorías anarquistas reconozco que disto de mucho de considerarme anarquista ya que, en la práctica, en la convivencia con mis contradicciones no me puedo arrogar la definición de anarquista ni mucho menos.*

una televisión por casa y bastante más tolerancia entre los miembros de la familia de la que se tenía entonces y de la que, por supuesto, se nos supone hoy. Se trata de aprender a compartir.

No oculto que he elegido los años ochenta dejándome llevar por cierta nostalgia infantil que aún me late en mi interior. Puedo decir que tuve una infancia feliz y que en aquellos momentos no eché en falta grandes cosas. Elijo los ochenta por que lo conozco y porque si hubiese propuesto los setenta o sesenta se me podía haber acusado de nostálgico o de algo peor. Bromas aparte, creo que debemos de empezar a pensar en prescindir de unas cuantas cosas que, en muchos de los casos, no nos aportan mayores felicidades que la propia novedad de tal posesión.

En este aspecto desde luego que no soy el único. Miles de personas, grandes pensadores como Carlos Taibo o Serge Latouche, llevan décadas pregonando el Decrecionismo. Recomendar la lectura de sus libros o la visión de sus charlas es una obligada referencia desde estas líneas

Capítulo III

AVANCES A PIE DE CALLE

Tanto si se mantiene una sociedad capitalista como si es en un régimen de comunismo real, así como en la más fantasiosa sociedad libertaria, es obligado estar en la calle denunciando los problemas. Digo esto porque siempre que se ha conseguido un avance social o se ha frenado un retroceso en los derechos se ha dado cierto nivel, o un importante nivel, de movilización en la calle.

Sinceramente. No me viene ningún supuesto a la cabeza en la que una o varias mentes pensantes hayan detectado un problema social, planteado una solución para el mismo y esta haya sido aprobada en el parlamento o la asamblea por el solo imperativo de la lógica común. No, siempre ha tenido que venir acompañado de manifestaciones, huelgas y luchas sociales de distinta escala. Por algo se les llaman conquistas sociales y no adelantos sociales o evidencias sociales.

Por el contrario sí me vienen a la cabeza luchas sociales que han conseguido los resultados buscados sin la intervención de partidos políticos. Un ejemplo claro lo tenemos aquí en Gamonal. En 2014 se impidió la construcción de un Bulevar que incluía un costosísimo aparcamiento subterráneo. Aquello suponía la imposición habitual en la lógica capitalista: acabar con los aparcamientos gratuitos en superficie para convertirles en privados bajo suelo. Todo ello con un importante beneficio para el constructor de turno. Fue la movilización vecinal, sin que ningún partido político lo representase o se arrogase la representatividad de dicha movilización, la que paró aquella propuesta especulativa.

Estamos acostumbrados a que, al igual que ocurre con las guerras en las que se formaliza el armisticio y la paz con la reunión y firma de unos representantes militares encorsetados y cargados de medallas de uno y otro bando. Aquí, por ejemplo, no se dio esa situación. No hubo despacho, ni fotografía del encuentro, ni visita del mandatario, en que se escenifica la decisión. Simplemente el Sr. Alcalde salió a los medios a decir que, finalmente, el bulevar no se hacía. Es como ver a un general rendir su ejército a unos anónimos y ausentes soldados rasos. Ese es, a mi parecer, el mejor ejemplo de la lucha en la calle.

No existe partido político que se llame progresista que no deba su existencia o su trayectoria a lo que se ha visto obligado a hacer por las presiones de la lucha de clases.

En el País Vasco, pueblo combativo donde los haya, da esa sensación de que se sale a la calle a denunciar y parte de sus riqueza y sus avances se deben a la familiaridad del estrato social por salir a reivindicar y la facilidad y seriedad con que el resto de la sociedad reconoce la legitimidad y la veracidad de las denuncias. En Castilla, sin embargo, pueden llegar a ser los propios afectados por los problemas sociales quienes llegan a deslegitimar cualquier movilización ya que hay algo que parecen no soportar: el cuestionamiento del poder y del sistema establecido. Pero este parece más un tema cultural a tratar en siguientes capítulos.

Capítulo IV

MUNDO LABORAL

Este año pasado se acaba de cumplir el aniversario del decreto de la jornada de ocho horas. Cien años. ¿Qué ha pasado desde entonces para que no se haya avanzado en ese aspecto? ¿No son suficientes 100 años? ¿Acaso no ha habido gente suficiente para hacer un relevo generacional y una incorporación de nuevas personas al mundo laboral para poder reducir esas jornadas? ¿Acaso no ha avanzado la sociedad en una dirección tecnológica que facilite la realización de tareas en un periodo menor de tiempo? ¿Acaso no existen personas en situación de paro o no se da una paralización en el crecimiento de la población mundial que impidiese el reparto del trabajo?

Desde que la CNT lograse el triunfo en la huelga de la Canadiense han pasado nada menos que un siglo. Los avances tecnológicos durante estos mismos años han ido a una velocidad extraordinaria, facilitándonos la vida y mejorando la calidad de la misma. Pero ¿por qué este avance no se ha visto reflejado en el aspecto social? Esto es, ¿por qué tras cien años sigue habiendo explotados, esclavizados o muertos por el hambre? ¿Es que acaso no contamos con los medios suficientes para frenar lo más elemental de estos efectos?

Ya he expuesto que, para restarnos de cualquier tipo de validez a nuestros argumentos, se nos acusará de demagogos. Bien, pues vayamos a lo práctico. ¿Por qué tras estos avances y el

supuesto enriquecimiento intelectual y cultural de nuestra sociedad nada se ha avanzado respecto de la jornada laboral? ¿Por qué si ya no calzamos alpargatas ni llevamos una navaja bajo la faja, ni fumamos en los tajos seguimos trabajando las mismas horas que cuando el mundo tenía una dieta de tocino y sopas de pan?

La celebración del 1 de Mayo, la fiesta recuerda los sucesos de Haymarket que sucedieron en el año 1886 en Chicago para alcanzar las cuarenta horas. Desde ese momento, en el que los sindicatos revolucionarios apuestan por centrarse en una medida concreta dejando para asaltos posteriores la revolución social, hasta que se acuerdan en España pasan treinta y tres años.

Después de eso, en las vísperas de la Guerra Civil el sindicato de la construcción de la CNT en Sevilla alcanza el acuerdo de las treinta y seis horas. Tras aquello, la reducción de la jornada, como elemento para el reparto del trabajo y la riqueza, ha permanecido imperturbable como lo fue durante siglos la creencia de que la tierra era cuadrada.

Hace un año cuando estaba escribiendo parte de esta disertación al humo del aniversario de la jornada de cuarenta horas cerré la reflexión reclamando la jornada laboral de treinta horas. Pero hoy no. Sólo ha transcurrido un año y sucede que me he vuelto “ochentista”, ya lo he dicho. Por ello creo que el reparto del trabajo que se hacía en los años de naranjito y la Bruja Avería me parece proporcionado, que no adecuado. Proporcionado en la manera en que en las casas sólo trabajaba una persona, inadecuado en que por lo común era solo el hombre. Pero creo que esa idea de que con una sola jornada laboral de 40 horas por unidad familiar es más que suficiente. Se me antoja posible y deseable. Pongamos, en paridad, que pudiesen ser dos jornadas de 20 horas: perfecto, de acuerdo. O cualquiera otra combinación en la que el número cuarenta se pueda dividir.

Aquí alguno puede argumentar que en unidades familiares unipersonales no se pueden dividir cuarenta entre dos. Bueno, espero que en la supuesta sociedad que consiguiese esa medida no lo fuese por decreto de unidad familiar.

Es en este punto de la lectura donde, angustiado o escandalizado, toda una serie de lectoras y lectores nos acusarán nuevamente de demagogos. Pero creo que es en este punto donde hay que intentar desmontar uno de los mayores engaños que sostiene (en sentido figurado y literal) la sociedad capitalista y que merece que nos detengamos en un análisis un poco más pormenorizado: el trabajo.

EL TRABAJO

Toda sociedad obedece a un argumento. Como en cualquier historia tras la trama existe un motivo, un *leit motiv* que de cuerpo a la ficción y explique así el orden de las cosas. Así, detrás de cada crimen existe una motivación y una manera de encubrir el acto delictivo. En nuestra sociedad, desde siempre, la motivación ha sido el acceso a la riqueza y es en este punto en el que podemos rescatar una nueva cita, esta vez de Proudhon. Más corta y eficaz si cabe: “La propiedad es un

robo". Siempre se nos ha hecho creer que la manera de acceder a la riqueza, al objeto del crimen -el pretexto, mejor dicho- ha sido el trabajo. Pero he aquí quienes, para acceder a la riqueza, no tienen más que estirar la mano. Mientras, otros, los más, han de arrancarla, con sangre y vida, de las entrañas de la tierra para quedarse con una porción mínima de lo extraído. Por la causa por la que unos mueren otros suspiran aburridos.

Tratemos de entender la verdadera naturaleza del trabajo hoy. El trabajo es un pretexto. Sólo eso. Un puto pretexto, repito, para acceder a la parte de los bienes que quienes se erigen en propietarios de la misma están dispuestos a entregar. Lo podrán disfrazar de elogiados esfuerzos y de leales contribuciones a la sociedad. De recompensa a los diarios sufrimientos. Pero he aquí que todos esos disfraces no son más reales que el atrezo y los trampantojos de una representación teatral. Basta con observar a todos aquellos a quienes por crueles, por la más caprichosa ubicación de nacimiento o por parentesco, el acceso a la riqueza no les exige el mismo esfuerzo que al resto. O como en demasiados casos: ningún esfuerzo. Estoy totalmente seguro que al leer esta última frase por tu mente han pasado toda una serie de personajes, más próximos o lejanos, que encajan perfectamente en esta parte de la ecuación.

Nos ocurre como a los súbditos del cuento y vemos en la desnudez del emperador, el más hermoso de los trajes. Y es hora de que todos denunciemos la indecente visión del cuerpo desnudo y deformado de quien nos explota.

Por lo tanto tratemos de dejar una cosa clara: empecemos a creer que para acceder a la riqueza, mejor dicho a los bienes, ya no es necesario, ni más digno, hacerlo mediante la llave del trabajo. Luchemos abiertamente contra la idea, y sobre todo contra aquellos que necesitan que así lo asumamos, de que el trabajo ha de ser el sacrificio para que la sociedad nos reconozca como merecedores de lo necesario y elemental para vivir dignamente.

Entonces, os preguntaréis entretenidos o asustados ante esta idea, ¿no hemos de trabajar? ¿nadie ha de trabajar? Por supuesto que se ha de trabajar. Pero nunca más bajo la percepción bíblica de una obligación dolorosa e impuesta. Cierto es que las motivaciones para que alguien, por ejemplo, arregle un inodoro atascado son difíciles de ver sin la recompensa económica con la que, hasta hoy, se cuantifica. Pero pensemos un poco: ¿No se nos ha atascado alguna vez el inodoro? Y ¿qué es lo que hemos intentado hacer en ese momento? Desatascarlo con aquellos medios que tenemos a nuestro alcance. Con la idea de ahorrarnos el dinero que nos costaría la intervención de un fontanero, de acuerdo, pero principalmente porque a nadie le gusta tener el inodoro atascado ni un solo momento. Pero si nosotros no somos capaces de desatascar el inodoro siempre tenemos la opción de buscar a alguien que nos ayude en el intento. ¿Por dinero? No. Porque aquella persona a la que recurrimos pueda el día de mañana llamarte a ti, o a alguna otra persona, para resolverse ante esta misma situación o ante una similar o distinta de la que no puede resolver por sí solo.

Si asumimos esto estamos muy cerca de asumir lo que es el apoyo mutuo: ayudarnos en las soluciones de problemas similares. Y parece lógico cuando hablamos de resolver situaciones a pequeña escala. Ahora, parece muy improbable que este espíritu se pueda trasladar a la hora de

solucionar grandes problemas a dimensiones industriales. Pensaremos: ¿quién dictaría la manera de ordenar las prioridades de producción o de diseñar correctamente una cadena de montaje que de solución a una necesidad global? Quizás la misma persona a la que la semana pasada ayudamos a desatascar el inodoro.

Existen un par de anécdotas, supongo que apócrifas, sobre los primeros días de la revolución española. Cuando todo pasaba a formar parte de las colectividades. Existía cierto ambiente festivo en la retaguardia. El mismo Orwell lo comenta en *Homenale a Cataluña*. Los camareros se dirigían con familiaridad a los clientes y las expresiones espontáneas de júbilo reivindicativo hacían interrumpir su trabajo a los barberos para salir, pancarta en mano, a reivindicar su nueva condición de no explotados.

Llevados por ese aspecto festivo se pidió a los diferentes colectivos (normalmente estructurados en sindicatos) que ayudasen a mantener la moral de la población. Solicitando, incluso, la participación de los elementos culturales vinculados con la burguesía. En ese punto un afamado cantante lírico se negó a participar mientras no se le tratase, económica y socialmente, como la élite a la que decía pertenecer. Cierto era que su garganta, sus refinamientos, su buen gusto eran excepcionales. Pero el problema le vino el día que se le atascó el inodoro y ningún “compañero” se ofreció a arreglárselo sabedores de su negativa a cantar para el pueblo. Y es que, déjenme ser grotesco y escatológico, el inodoro iguala, fraterniza y humaniza. Y aquellos que cuentan con un don, bien sea su gran entendimiento, su capacidad para resolver problemas, su maña o precisión o su creatividad, debe entenderlo como un don a socializar, no como algo que le aparte de sus obligaciones para con la sociedad.

Otro ejemplo de la revolución española fue el de aquella anciana a la que, huidos los terratenientes tras el triunfo de la revolución, se le ofreció que abandonase su choza y pasase a vivir en una de las casonas abandonadas por los oligarcas del pueblo. La mujer desechó el ofrecimiento con un escueto “por no barrerla” y pidió que se le arreglase la techumbre de su pequeña choza y se le cambiase su cama por una mejor. Nuestra ambición ha de pasar por mejorar lo que tenemos, con reconocer lo que nos es suficiente.

No es muy descabellado afirmar que las necesidades de nuestros semejantes han de ser los objetivos que motiven el trabajo en una sociedad. Hemos de dejar bien claro que no sólo se han de entender por necesidades aquellos aspectos que nos nutren como mamíferos, nos visten contra el frío o nos alivian de necesidades primarias o de enfermedades. Creo necesario que, además, se han de incluir en ellas los aspectos vinculados a la cultura y el deporte.

La contribución al planeta y a la sociedad es lo que ha de determinar los objetivos en los que se han de centrar los esfuerzos del común: la educación, la sanidad, la investigación, la cultura y la procura de los elementos elementales y necesarios.

Este es el momento en que un montón de lectores habrán abandonado esta lectura al tomarnos por unos vagos sacrílegos que injurian al dios trabajo. Perfecto, que se lleven el sufrimiento a la hora de hacer nuestra aportación a la sociedad con ellos.

Capítulo V

SANIDAD, EDUCACIÓN Y SOBERANÍA ALIMENTARIA

En este punto no hemos de demorarnos en demasiadas explicaciones, pues estos aspectos han de ser los objetivos principales para vertebrar la sociedad. Ahora, ¿cómo hacerlo sin imponer una dictadura al estilo de la cubana? Porque esto de la educación y la sanidad recuerdan mucho a la dictadura cubana. Cierto. Entiendo que es un asunto cultural. Que de nada va a servir con limitarnos a ofrecer una sanidad, educación y una alimentación dignas. Fuera de unas pautas elementales de libertad las mejores intenciones tendrán una fecha de caducidad.

CULTURA CONTRA LA IMBECILIDAD

Normalmente cuando hablamos de cultura se entiende que hablamos de música, literatura, vacaciones, ocio en general. Que todos esos aspectos están recogidos en lo que la mayoría de los ciudadanos reconocen su "carta magna", incuestionable, de los derechos culturales: la televisión. Así incorporan y ven lícito los contenidos que le llegan desde los canales "oficiales" y, a la vez, canales televisivos. Respecto de la televisión diré lo que pregonaba Diógenes de Sinope: "Gente mucha, personas pocas".

En otra de esas conversaciones de furgoneta y tiempo muerto en el trabajo mi compa comentó la sentencia esa de que "todo tiene arreglo menos la muerte". Yo le contesté sin apenas pensármelo: "No lo siento", traté de corregirle, "no es sólo la muerte la única cosa que no tiene arreglo; la imbecilidad tampoco lo tiene". Así le comenté que no conozco ningún imbécil que haya dejado de serlo. Y que, en esos casos, como a tal suelo tratarlos. Como imbéciles sin arreglo. No me molesto en intentar explicarles absolutamente nada sabedor de que mis razonamientos sólo servirán para darles más argumentos en su cruzada por la negación y el conformismo. Y no digo que no sea por el temor a que si en cualquier momento algún imbécil de estos me diese la razón me asaltase el temor o la certeza de que yo también me he convertido en uno de esos imbéciles incorregibles.

Bueno, en lo cultural, intentar que no se extienda la imbecilidad es nuestro principal objetivo. Esta apuesta es, a mi entender, el más difícil de todos los objetivos que se pueden plantear en esta retórica. Porque estamos totalmente rodeados. Diariamente, desde los más elevados, sofisticados y elaborados medios nos llegan los discursos y comportamientos de personas que, para nada, merecen nuestra mínima atención. Y ahí les tienes, en televisiones, radios, espacios de internet. Todos diciendo lo mismo. Como en uno de esos buffetes donde te sirvas lo que te sirvas

todo te sabe a cámara. Cambia la apariencia, como en el buffet, la mayoría de todos con aspecto apetitoso pero con el mismo sabor falso y precongelado. Rara1 vez sale alguna persona con algo interesante que contar, contrario al argumento de moda, pero siempre acaba vilipendiado y tratado de loco. Picoteado. Como el delfín en las historia del patito feo pero con patos de pico afilado, enloquecidos y graznantes que, de seguro, lo desplumaránn antes de que termine el cuento.

Pobre de los inventores del iconoscopio si pudieran imaginar que su ingenio serviría para retrasmitir canales como Tele 5. Y que estos iban a causar furor. Pocas veces puedo decir que la intervención de los antidisturbios pudiese ser justificada y dimensionada. Pero contarían con mi apoyo si en lugar de dedicarse a desalojar gazteches y centros recuperados interviniesen para desahuciar a los habitantes de la casa de Gran Hermano o de experiencias similares.

Me duele ver la cantidad de recursos y tiempo que se dedica para mostrarnos comportamientos o inocularnos argumentos que van en contra de lo más elemental de la naturaleza humana: la inteligencia. Puro derroche.

Es como esas experiencias aeronáuticas que hacían los soviéticos y los estadounidenses donde se esforzaban por fabricar un cohete espacial y en él metían a una perra o un mono (y que me perdonen estas razas de animales por compararlos con estas razas de personas). Entregarle un programa de televisión diario a alguien como Belén Estevez es como abrirnos nuestra cabeza para dar de comer nuestro cerebro a los cerdos (y que me perdonen también los tales seres) voluntaria y entretenidamente.

Escuchadlo bien, porque creo que la mayoría de la gente lo piensa, pero nadie se anima a decirlo. No merecen la pena que les dediquemos un solo segundo de nuestra vida. No se merecen ni un segundo de nuestro tiempo. No les demos el gusto ni la legitimidad de nuestro tiempo ni nuestra atención porque son nuestro tiempos y nuestra legitimidad y, aún, podemos elegir a qué y a quienes dedicárselos.

Hace tiempo que ese problema lo ventilé con un solo dedo. No es que yo sea un superhéroe que tenga la capacidad de silenciar al más aguerrido tertuliano al que paguen por gritar y repetir el mantra del partido de turno. O que tenga la extraordinaria habilidad de apuntar a la luna y que, aquellos en su mediocridad, se queden boquiabiertos mirando el dedo. Sino que hace tiempo que aprendí a apagar la televisión. Comprendiendo que, para ello, sólo necesitaba de uno de mis dedos. Esto, aparte de cierta ignorancia respecto lo que acontece en TV, me da una distancia de miras que, posiblemente, no tienen aquellos que están diariamente batallando y en permanente excitación con las (más que previsibles) propuestas informativas, aseveraciones y respuestas de tertulianos y políticos.

Últimamente, como ejemplo, proliferaban infinidad de programas de cocina en los que, cuando no se competía directamente por los más exuberantes sabores, se hacen sofisticados viajes y apuestas culinarias en las que se necesitan recorrer el planeta para disponer de esas especias. Así se nos incorporan nuevos sabores, nuevos productos procedentes de los más alejados rincones del mundo, llegando a convertir lo lejano en cotidiano.

Creo que, en lo culinario, debemos de apelar a lo cercano. Propiciar el comercio de proximidad real. No sólo en el enriquecimiento del trato sino en la adquisición de los productos autóctonos. Con el fin de evitar desplazamientos de mercancías a grandes distancias hay que esforzarse por poner en valor las comidas tradicionales. Ese es el verdadero comercio de proximidad, recuperar las recetas de nuestros abuelos. ¿Cuantos chavales saben hacer unas sencillas sopas de ajo como las de nuestras abuelas?

Algo similar ocurre respecto del turismo. Estamos tan agobiados con la cotidianeidad, con nuestros trabajos, con nuestras casas, con nuestras vidas en general, que no vemos el momento de acabar nuestra jornada para salir corriendo hacia otro lugar. De huir. De coleccionar un montón de experiencias que nos hagan diferentes al resto, que nos ayuden a ganar en la competición del ocio. Y, he aquí, otro episodio de estupidez humana. Nos encontramos con que existe toda una serie de aplicaciones y redes para contar todas aquellas intimidades posibles. Así, dentro de la carrera por llamar la atención, escribimos en tuiter, colgamos una foto en facebock o subimos un video a istagram. Bien pueden ser unas frases tachando de "hijoputa" a nuestro jefe (para que luego pongamos un gesto de extrañeza cuando nos despida); o una foto de nuestro hijo desnudo (aunque nos desgañitemos exigiendo en el colegio y en cualquier lugar que la protección de datos impide a nuestro hijo ser retratado); un vídeo de nuestro rincón o escondite favorito -con las indicaciones geográficas para asombrar a la gente, quedar como el más guay y que se haga viral- (para que deje de ser ese rincón íntimo y escondido y se masifique con las visitas físicas de quienes se han contagiado con nuestra muestra).

¿Qué nos pasa? ¿qué joder nos pasa que no nos vale con disfrutar de las cosas si no podemos airearlo a los cuatro vientos? Como si el hecho de divulgarlo fuera lo que nos hiciera más vivos, inteligentes o afortunados que el hecho en sí de haber contado con una determinada experiencia. Siempre hay quien en esto de la imbecilidad te puede dar muchas lecciones.

Dentro de este apartado de cultura contra la imbecilidad hemos entender que debemos ser nosotros quienes debemos dar el paso exigiendo lo que se debe de cambiar.

PRO VERSUS ANTI[2]

Cuando nos acercamos al mundo del anarquismo, al del sindicalismo en fin, siempre hemos tenido la sensación de estar a la defensiva. Las pocas iniciativas que partían de la parte social eran tímidos golpes en una puerta que necesitábamos hacer retumbar antes de conseguir abrirla. Era la segunda mitad de los noventa y aún desde la CNT se insistía en la implantación de la jornada de

2 *Respecto del capítulo del pro versus anti, reconozco que hay muchas experiencias que ignoro. Que hacen una clara apuesta por el sentido del pro, por tomar la iniciativa. Espero que mi ignorancia sobre las mismas no se tome por un insulto a quienes trabajan en ese sentido. Para ellos mi más sentido apoyo y aprecio, esperando que mi ignorancia no acabe convirtiéndose en imbecilidad.*

treinta horas semanales; la CGT era más que un sindicato y su secretario general publicaba libros que apelaban a la transformación social. Pero, en la práctica, el sindicalismo no institucional estaba en la dinámica de moverse en respuesta a lo que el capital del momento realizaba. Existían movilizaciones antiUE, antiOTAN, y antiMaastricht. Contra la exclusión social, contra la precariedad laboral, contra los ritmos de trabajo. Nunca pro; nunca exigiendo la implantación de necesarias medidas transformadoras. Sólo a finales de los noventa los mal llamados rentistas abogaban por el salario universal o la renta básica de ciudadanía. Movimientos como Kilómetro 0, no más viajes superfluos, el movimiento slow... han apostado loablemente por ese cambio que, de una manera bastante más somera, se plantea desde este escrito.

Tras la experiencia de años nadando en un modelo sindical fangoso, vergonzante e ineficaz, he de reconocer que el sindicalismo es, actualmente, una simple herramienta. Una herramienta mala que apenas sirve para defendernos de los abusos laborales. Constreñido en unas leyes que lo vuelven inoperante, inválido. Sin unas bases suficientes. En una sociedad prácticamente desinformada, totalmente acrítica y mansamente acomodada el sindicalismo se ciñe fielmente a la descripción que de él hiciera Murrail Bookchin: “Allá donde los trabajadores están aún en movimiento, su batalla es meramente defensiva”. Luego nada o muy poco podemos esperar en la actualidad de nuestros esfuerzos sindicales sin el apoyo social en la calle.

El capitalismo practica la acción múltiple. Esto es, actúa por propia iniciativa sin consultar a terceros buscando, exclusivamente, el beneficio de sus élites. Si nadie le pide explicaciones al respecto continúa con sus prácticas. Por lo común sus prácticas son destructivas porque, para hacer o mantener su negociete, tiene que destruir la naturaleza o el bien común. No le basta con construir las maquinarias o fabricar los fármacos que abastezcan, por ejemplo, a los sistemas sanitarios. Aspira a controlarlos. Buscando, siempre dar menos por más dinero (que ahí es donde los márgenes de beneficios empiezan a serle rentables). Cuando la opinión pública detecta su abuso y se queja entonces busca los interlocutores. Consciente que cualquier demanda que surja en la calle puede ser reducida a uno o dos interlocutores, consciente también de que cualquier intervención por parte de esos terceros va a posicionarse a su favor y a reforzar su autoridad. Por eso se ha de tener demasiado cuidado a la hora de elegir y enviar a cualquier posible representante ante el capitalismo. Ha llegado el momento de desautorizar al capitalismo como lo haríamos con cualquiera que tuviese la mala idea o el torpe desacierto de envenenarnos, porque el capitalismo así lo ha hecho. Estamos envenenados social y medioambientalmente. Y hemos de arrebatarle la iniciativa a estos. Impedir que nos siga envenenando; empezando a desintoxicarnos. Se ha de acabar con esa escenificación, esa respuesta a las decisiones del capitalismo, ese ir un paso por detrás. Sabemos que va a hacer el capitalismo y ellos saben cual va a ser nuestra respuesta, peor aún, sabe de la intensidad de nuestra respuesta. Empezar a sanarnos y comenzar, como miembros de un planeta enfermo que aspira a curarse, a tomar la iniciativa es nuestro deber antes que el envenenamiento nos lleve a la parálisis total.

¿Como hacerlo? Primero: tomando conciencia de que nuestra autoridad como seres

humanos, seres vivos, es mayor que cualquier concepto de enriquecimiento. Segundo: teniendo las cosas claras de lo que queremos, de nuestra estrategia a futuro como sociedad e individuos. Y tercero: teniendo un control sobre nosotros mismos capaz de permitirnos sacrificar “supuestos” beneficios que nos pueda ofrecer el capitalismo (consciente de que esas mejoras, con toda probabilidad vayan en contra del primero de los puntos sobre terceras y lejanas personas). Por ejemplo: señores, vamos de dejar de comprar sus coches, no vamos a usar su Ave, no vamos a coger sus aviones, no vamos a ver sus programas, no vamos a comprar sus productos. Sencillamente por que no nos convienen para lo que necesitamos y deseamos de cara al futuro.

EPÍLOGO

Toda esta propuesta de llevarse a efecto supone, claramente, un sacrificio. Un gran esfuerzo. Pero estos días, con la crisis sanitaria provocada por el Covid-19 hemos visto que los esfuerzos se pueden hacer. Que de la misma manera que hoy se hace por el bien de la humanidad, de salvar miles de vidas a corto plazo, amenazadas por el coronavirus, también se puede hacer para salvar lo que, en el futuro, van a ser millones de muertes por desabastecimiento, el injusto reparto de los bienes del planeta, o por la más elemental imbecilidad. Y es mejor que este esfuerzo lo vayamos haciendo de manera más o menos ordenada, paulatina. Antes de que nos venga impuesto de manera brusca por la sencilla razón de que el planeta no de más de sí.

Señoras y señores es esto o es la solución de Tanos, el archivillano de los tebeos de la Marvel, que proponía que la mitad de la población, de manera aleatoria y sin padecimiento, desaparezca. Como esto último no va a pasar, por lo menos de manera aleatoria e indolora, creo que es mejor opciones como la planteada aquí. Mejor que el ochentismo lo decidamos y lo tutelemos nosotros antes de que las preclaras mentes del Capitalismo lo determinen por nosotros y, en lugar de crear una sociedad basada en el reparto de la riqueza similar y equivalente para cada ciudadano lo hagan de la única manera que saben hacerlo: concentrando los bienes a la manera de riqueza para unas pocas personas y relegando al resto a la cada vez más aplastante miseria. Treinta días de aislamiento deben de ofrecernos la oportunidad de pensar qué vamos a hacer cuando esto termine y qué es lo que nos gustaría que ocurriese de cara a nuestro futuro. Los gestos de solidaridad y sacrificio en estos días nos pueden dar valor, ejemplo y aliento para luchar por una sociedad que se adelante al desastre. Seguramente no deba hacerse de la manera aquí propuesta. Pero estaría bien que se empezase a hablar sin temor y sin tapujos de qué camino alternativo debemos emprender para que al final la revolución por la supervivencia no sea la lucha de todos contra todos en la que gane el más cruel o el más ladino (que de eso el capitalismo sabe bastante); si no que los gestos, las tomas de decisiones y los esfuerzos comunes, solidarios y justos nos encaminen a otra sociedad. Una sociedad consciente, alejada de lo imbécil, y posible.

He aquí este texto, sólo unos apuntes sobre los que pensar y debatir. Espero que sea como el

lanzamiento al aire de la pelota al inicio de un partido (permíteme el símil ya que mis alusiones a las actividades deportivas en la exposición han sido nulas) de voleibol. Y que, aunque sea totalmente en contra de lo aquí escrito, se empiece a debatir, criticar o difamar este texto. Planteando alternativas, dudas y contradicciones a lo que aquí se dice. De la misma manera que, entiendo, el deporte se ha de alejar del espectáculo para convertirse en una práctica y un divertimento, estas breves e insuficientes aportaciones sirvan para empezar un ejercicio de debate y reflexión sincero alejado de toda malinterpretación.

En tus manos queda.

Rubén